

José Ramón Bertomeu Sánchez. La verdad sobre el caso Lafarge. Ciencia, justicia y ley durante el siglo XIX. Barcelona: Ediciones del Serbal; 2015, 417 p. ISBN: 9788476287514. € 24.

La verdad sobre el caso Lafarge, es decir la historia de la condena de Marie Lafarge a cadena perpetua en 1840 por el asesinato de su marido Charles Lafarge, envenenado con arsénico, y las dudas que suscitó y había de suscitar durante décadas este controvertido y nunca aclarado proceso judicial, podría ser el título de una novela negra más en el pujante mercado editorial de este género literario. Nos encontramos, sin embargo, ante una obra académica de síntesis, fruto de años de minuciosa investigación histórica, pero dirigida esta vez a un público lector amplio, por parte de su autor, el profesor José Ramón Bertomeu Sánchez, actual director del Institut d'Història de la Medicina i de la Ciència «López Piñero» de la Universitat de València.

Después de más de una década de trabajos académicos de primer nivel internacional sobre la historia de la toxicología —en particular la vida y obra del médico menorquín Mateu Orfila (1787-1853) y su influencia científica en la Facultad de Medicina de París en las décadas de 1830-50, de sus estudios detallados sobre el papel de los instrumentos científicos como mediadores culturales entre la investigación y la enseñanza, así como su reflexión historiográfica sobre los mecanismos de construcción del experto y la autoridad científica—, el Dr. Bertomeu Sánchez construye en este libro una narración original, una estructura creativa y unos contenidos rigurosos y detallados. Se trata de una microhistoria de coproducción continuada de saberes médicos, científicos (químicos), jurídicos, que demuestran la debilidad y la contingencia de determinadas pruebas científicas cuando estas se desarrollan en determinados espacios y regímenes de saber.

Tras un capítulo dedicado a la biografía de la acusada, Marie Lafarge, el libro nos presenta también una aproximación biográfica de Mateu Orfila, el experto *per se* ante el tribunal de justicia de Tulle, que con sus pruebas de detección de arsénico había de decantar finalmente la culpabilidad de Mme. Lafarge. Al estilo de Lorraine Daston y Peter Galison, el tercer capítulo está, sin embargo, dedicado a la «biografía de un objeto», en este caso el arsénico, como sustancia química con sus propiedades y su capacidad tóxica, como el gran veneno del siglo XIX. A continuación se describe el proceso contra Mme. Lafarge, con todas sus vicisitudes y controversias y su enorme gradiente social de autoridad, en el que intervinieron más de diez peritos de París y de provincias, cuatro informes periciales y la opinión final del jurado popular.

La condena final de Mme. Lafarge por el envenenamiento de su marido lleva, tal y como se muestra en el siguiente capítulo, a una agria y larga controversia sobre el caso, desde las divergencias de los peritos en el propio juicio, pasando por el duro enfrentamiento científico, pero también político e institucional, entre Orfila, decano de la Facultad, toxicólogo eminente y hombre muy influyente en los círculos cortesanos de la monarquía, y François Vincent Raspail, defensor de una medicina popular, militante republicano y enfrentado al primero por episodios de supuesto intrusismo profesional. Un último capítulo titulado «Muerte y resurrección», nos muestra como el caso Lafarge ha seguido provocando controversia e interés hasta el siglo XX (incluso hasta el presente) en diversos intentos de juicios retrospectivos (más que discutibles) e incluso en su aparición cinematográfica en el film de 1938, *L'affaire Lafarge*.

La incesante búsqueda de la «verdad» por parte de jueces, abogados, médicos, científicos, pero también de historiadores, nunca ha podido superar las inevitables limitaciones en la construcción «objetiva» de la prueba, siempre sometida a contingencias históricas ligadas a una determinada formación de los expertos (médicos, químicos, jueces), un marco y procedimiento legal específicos, una determinada influencia de la esfera pública (desde la cultura popular hasta la prensa). Como oportunamente nos indica el autor, el título de este libro se inspira en una obra publicada en 1840 por un abogado anónimo, y titulada *La vérité sur le procès Lafarge*, que se presentaba a sí mismo en unos términos que resumen bien la raíz de la controversia y la complejidad de los mecanismos de construcción de la autoridad científica. El letrado desconocido afirmaba: «No soy químico, y me guardaré muy mucho de entablar una discusión científica con el célebre profesor. Pero si hubiera sido jurado en este caso, le habría dicho al señor Orfila, con todo mi buen juicio, lo siguiente: "Su opinión, todo lo respetable que pueda ser, no es ley (...) le pido que realice experimentos, no sobre perros que usted envenena a propósito, ni sobre cadáveres tomados al azar en los hospitales, sino sobre aquellos que se encuentren en la misma situación que la del señor Lafarge (...) y si la conclusión que alcanza es adoptada universalmente por los químicos (...) entonces podré créele. Hasta entonces y siempre rindiendo homenaje a sus talentos y a su superioridad, permítame dudar"».

Finalmente, un magnífico epílogo conecta el episodio de Lafarge en 1840 con problemas actuales sobre el papel de la ciencia y su autoridad en los tribunales de justicia, nos hace reflexionar sobre el profundo cambio cualitativo que significó en el siglo XIX la transición entre la detección organoléptica del arsénico y la utilización sistemática del aparato de Marsh, o en el siglo XX la transición entre el uso de huellas dactilares y el ADN, con su excepcional valor probatorio.

Nos recuerda, sin embargo, la falibilidad de cualquiera de estos métodos en un contexto cultural complejo como el de los tribunales de justicia.

A pesar de su notable erudición, a veces algo repetitiva a lo largo de los capítulos, *La verdad sobre el caso Lafarge*, cautiva al lector no especialista en historia de la ciencia y lo transporta a la Francia de las décadas centrales del siglo XIX y a las vicisitudes de un personaje como Marie Lafarge, de gran popularidad, que llegó incluso a convertirse en fuente de inspiración de escritores del prestigio de Gustave Flaubert, a la hora de describir el opresivo ambiente de provincias en su Mme. Bovary. Enfrentándose a la enorme complejidad del caso y a todas sus múltiples derivadas, el profesor Bertomeu-Sánchez ha asumido con valentía el reto de dialogar con un grupo de lectores amplio, más allá de los reducidos círculos de especialistas, para así comunicar sus brillantes resultados de investigación. Sabia y acertada decisión que, siguiendo la pauta de la «expository science» de Terry Shinn y Richard Whitley, o de los antiguos, pero nunca anticuados, «círculos esotéricos y exotéricos» de Ludwik Fleck, otros muchos historiadores de la ciencia deberían animarse a practicar. ■

Agustí Nieto-Galán

orcid.org/0000-0002-3458-0774

Centre d'Estudis Històrics sobre la Ciència-CEHIC
Universitat Autònoma de Barcelona

Lundy Braun. Breathing Race into the Machine. The Surprising Career of the Spirometer from Plantation to Genetics. Minneapolis: University of Minnesota Press; 2014, 304 p. ISBN: 978-0-8166-8357-4. \$ 24 (cloth)

Lundy Braun's *Breathing Race into the Machine* provides an excellent account of the role that race played over two centuries in what the West claims is «scientific medicine». Building on the work of Stephen J. Gould and Keith Wailoo and others, Braun analyzes how scientists and medical personnel in different parts of the world created and embedded racial differences into scientific instruments that were touted as objective. While nominally about a specific medical device, the book raises important issues for all scholars interested in the history of medicine, technology, race and science.